LAS NAVIDADES DE DICKENS

Por José Tomás Cabot

En el mundo fantástico del gran novelista inglés Charles Dickens, la Navidad ocupa un lugar preferente. Personajes, sentimientos, escenarios navideños abundan en su obra. Todos los años por Navidad dedicaba un artículo, un cuento o una novela a sus lectores. En los últimos años de su vida los leía en público. Abría su corazón a todo el mundo. «En la estación de la esperanza y en el aniversario de la inmortal misericordia, nada dejaremos fuera», decía entonces. La compañía y el afecto de miles de lectores contribuyeron a endulzar sus años postreros, amenazados por la soledad y por la incomprensión familiar.

Ilustración de George Grunskhanker para uno de los cuentos navideños de Dickens.

Si hubiera que asociar el nombre de un gran escritor a los más genuinos y tradicionales sentimientos que inspira la fiesta de Navidad, es muy posible que el de Charles Dickens fuese el primero en acudir a la cita.

¿Quién no recuerda aquellos textos alados, titilantes, melancólicos, que el novelista inglés dedicaba todos los años, en las últimas semanas de diciembre, a millares de lectores devotos...? Eran esperados con impaciencia y leídos con recatado fervor. Pero a pesar de los años transcurridos, no han perdido su fuerza ni su calor humano. Desde la hora dorada de su nacimiento, aquel brillo y aquel pálpito de estrella siguen emocionando a miles de personas. Incluso para las últimas generaciones del siglo XX, Dickens es el cantor por antonomasia de la Navidad.

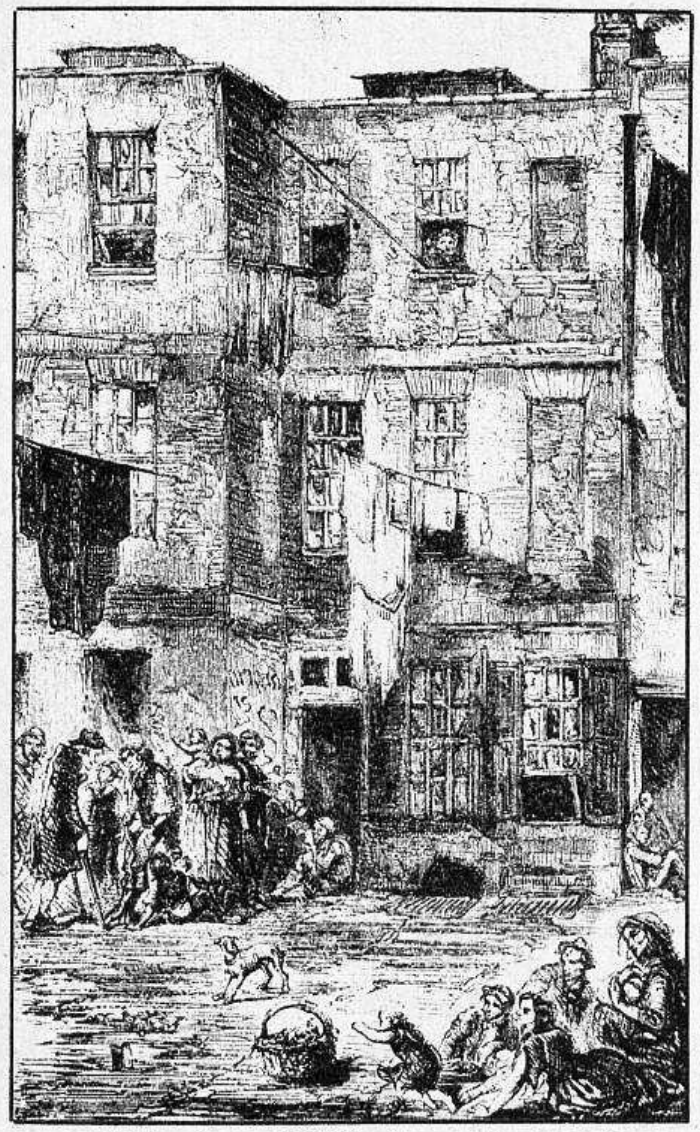
Podemos imaginarle, desde aproximadamente sus treinta años, preparando la Navidad de un modo inusual, extraño, totalmente al margen de las normas y costumbres habituales. No adorna árboles, no envía christmas, no compra regalos. Su primordial tarea, su ilusión mayor van por otros caminos. Se sienta frente a su mesa de trabajo, junto a los leños crepitantes, toma su pluma de ganso, cierra los ojos. Creemos verle en este momento, silencioso y reflexivo, evocando todas las Navidades de su existencia, las que ha vivido realmente, las que ha imaginado, la Navidad presente, las que habrán de venir. Pero al cerrar los ojos, no sólo se ve a sí mismo, a sus padres, a sus amigos de infancia, a su mujer, a sus hijos. Ve también a todos sus compañeros de infortunio, los que ha conocido y los que no ha conocido, los desheredados, los solitarios, los que sueñan silenciosamente el milagro de una vida mejor. Y sin dejar de pensar en sí mismo, redacta para todos ellos un mensaje de amistad. Los papeles impresos harán revolotear su voz de aliento hasta los más sórdidos rincones de su país, Inglaterra. Gracias a estos papeles, traducidos en el futuro, la voz llegará incluso a otras latitudes, a otros pozos dolorosos y oscuros, donde laten todavía limpios corazones humanos.

SCROOGE Y SUS FANTASMAS

Pero Dickens, que era un hombre benévolo y nada rencoroso, no siempre podía encontrar en sus recuerdos seres amables y puros. Vivía en una sociedad marcada por la

pasión del dinero, el egoísmo y la codicia. Negociantes sin escrúpulos, usureros de alma turbia, hipócritas redomados pululaban en aquella sociedad victoriana que él conocía tan bien, sociedad rosada y afable en la superficie, pero de médula dura y amarga.

Por eso Dickens, al cerrar los ojos en la víspera de Navidad, veía también la torva figura de Scrooge, compendio de todos los egoísmos, personaje multiforme y avieso que había arruinado y encarcelado a su padre y que le había condenado a él, al joven y fantasioso Charles, a vivir en una buhardilla de Camden Town con unos parientes pobres y luego a ocultar celosamente en la Wellington House Academy, entre compañeros orgullosos, las desventuras y los agobios familiares... Y entonces, en el recuerdo del escritor, junto a las luces



Dickens en 1839. Pese al aspecto aristocrático que muestra este retrato de Maclise, tuvo una juventud difícil y vivió en barrios humildes, como éste del viejo Londres.

de Navidad y a los cantos filantrópicos, surgía, implacable, un vasto coro de fantasmas justicieros.

Fue en 1843, con «Christmas Carol» (Canción de Navidad), cuando se inició el largo ciclo, casi nunca interrumpido, de narraciones navideñas. Scrooge y sus fantasmas ocupan en este ciclo un lugar destacado. La Navidad de Scrooge ha llegado, en centenares de ediciones hechas en diversos idiomas, en versiones cinematográficas y teatrales, a todos los rincones del mundo. Scrooge es casi tan conocido como Pickwick, Oliver Twist, Micawber, Pegotty y David Copperfield, que han alcanzado seguramente la mayor popularidad entre los personajes de Dickens.

El misántropo y materialista Scrooge no quiere celebrar la Navidad. Para él sólo importa el dinero y no comprende la alegría navideña de todos aquellos —su sobrino, su escribiente— que no lo poseen. No tienen dinero y quieren celebrar la Navidad. ¿Qué motivos tienen para estar contentos? Sólo hay una explicación: están locos. Entre tantos orates —piensa Scrooge—, yo también corro el peligro de enloquecer. Tendré que retirarme al manicomio de Bedlam.

A llegar a su casa, en la oscura noche de Navidad, dispuesto a pasar la velada como siempre, anotando guarismos en su libro de contabilidad y vigilando la caja fuerte, Scrooge descubre al primer fantasma. Es un antiguo socio, muerto hace mucho tiempo. Ve su rostro, oye su voz. ¿Por qué ha venido? Para advertirle del peligro que le amenaza: verse convertido para siempre —lo mismo que él, que fue egoísta y avaro— en un espíritu errante y atormentado.

No tarda en llegar el segundo fantasma. Es el «Recuerdo de las Navidades Pasadas». Con él recorre lugares y revive escenas de su propia vida. En todas partes, todos los años, frialdad, soledad, tristeza, desolación... El «Fantasma de las Navidades Presentes», que viene a continuación, le descubre el desprecio y el rencor que la actitud del propio Scrooge suscita en aquellos que le conocen y que no podrían amarle aunque quisieran, porque no les ha dado un solo motivo para el agradecimiento ni una sola razón para el cariño. El «Fantasma de las Navidades Futuras», más lóbrego aún, le ofrece una extraña visión. Ha muerto un viejo. Su cuerpo está todavía caliente, pero nadie se lamenta en torno suyo. Ni una lágrima, ni un suspiro. Los visitantes, por el contrario, se lanzan como buitres sobre su dinero y demás pertenencias, afanándose por obtener la mejor tajada. Scrooge asiste mudo al espectáculo. No sabe quién es el muerto, no distingue sus rasgos. Pero ya en el cementerio, sobre la losa que acaba de cubrir al féretro, puede leer su propio nombre.

UN CASTILLO EN EL AIRE

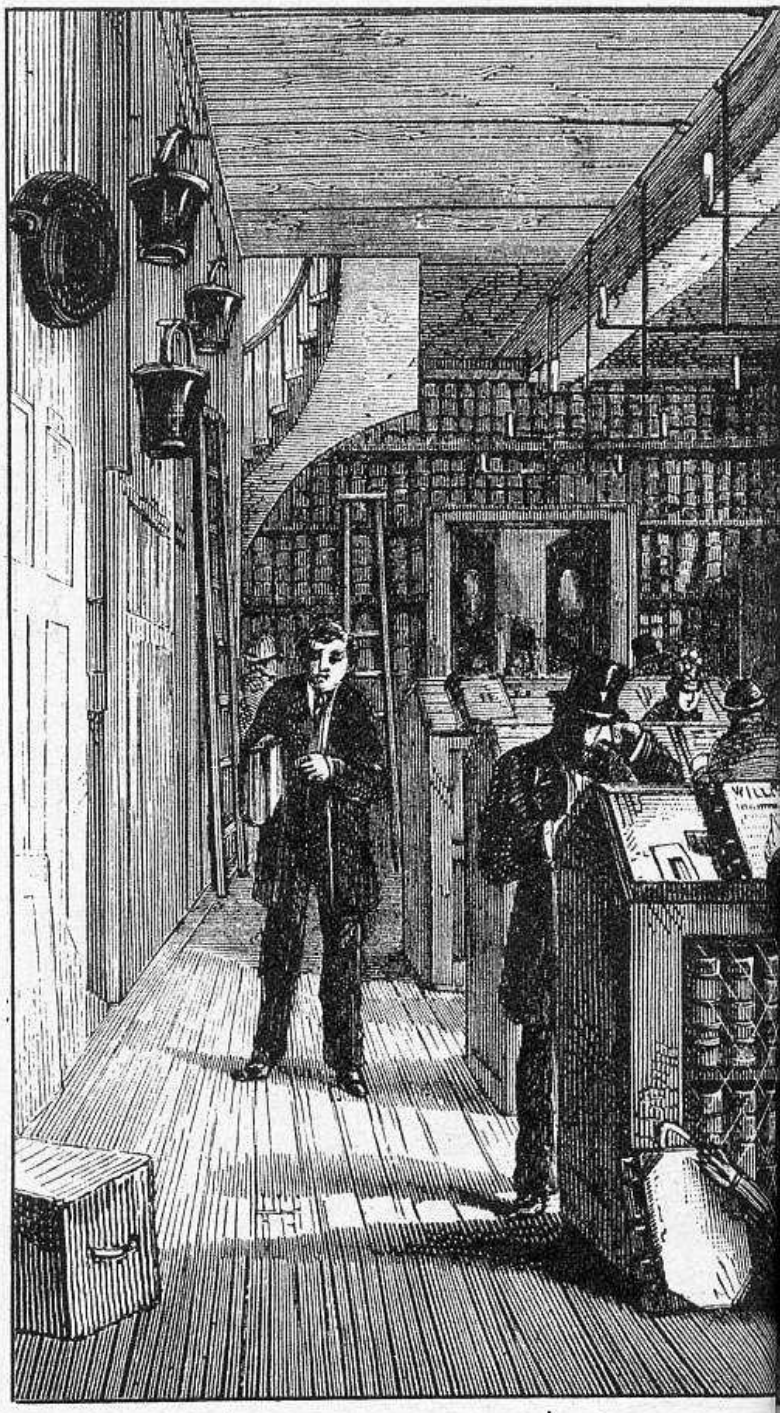
Otra Navidad en la imaginación de Dickens, otro cuento melancólico. Un grupo de personas de distinta edad y condición, reunidas junto al hogar de una casa confortable, bajo un techo acogedor bañado por la luz de las estrellas que rutilan en Nochebuena, se disponen a relatar sus vidas.

El pariente pobre, un sesentón solitario,

rechazado en su juventud por la mujer que amaba, es invitado a hacerlo en primer lugar. Todos saben —porque él mismo lo ha contado en momentos de sinceridad— que vive solo en una casa de huéspedes, donde dispone de una pequeña habitación que abandona todos los días a las nueve de la mañana con el pretexto de trabajos urgentes y complicadas operaciones comerciales; trabajos y operaciones que sólo existieron para él antes de que le arruinara un socio sin escrúpulos. Ahora no tiene casi nada. Sólo una mísera pensión trimestral para pagar el alquiler y la comida... Desayuna frugalmente cerca del puente de Westminster y luego se adentra en la ciudad, sin saber a dónde dirigirse ni qué hacer. Entra en alguna oficina, donde un amigo benévolo le deja permanecer un rato sentado. Come cualquier cosa en un restaurante modesto, procurando que el gasto no sobrepase un chelín y tres peniques. Pasea por las calles tranquilas al atardecer, y sin prisa, melancólicamente, vuelve a su pensión. Encuentra un cuarto frío y destartalado, silencioso y sombrío. No puede encender la chimenea porque no paga suficiente alquiler para que le permitan hacerlo. De vez en cuando, con el pequeño Frank, hijo de una prima suya, se permite el lujo de una visita a un museo o a una tienda de lujo, y a veces, muy de tarde en tarde, asisten los dos a un espectáculo...

Pero todo eso que pensáis de mí —dice de pronto el pariente pobre, con una luz nueva en los ojos— no es verdad. La verdad es que yo vivo en un castillo. Antes de poseerlo, habitaba en casa de mi tío Chill, que era muy rico. Entonces, a pesar de la oposición de éste, «me atreví a solicitar a Christiana en matrimonio. Era muy hermosa, encantadora por todos conceptos... Nunca amé a nadie más que a ella, y ella constituía todo mi mundo desde mi tierna infancia...»

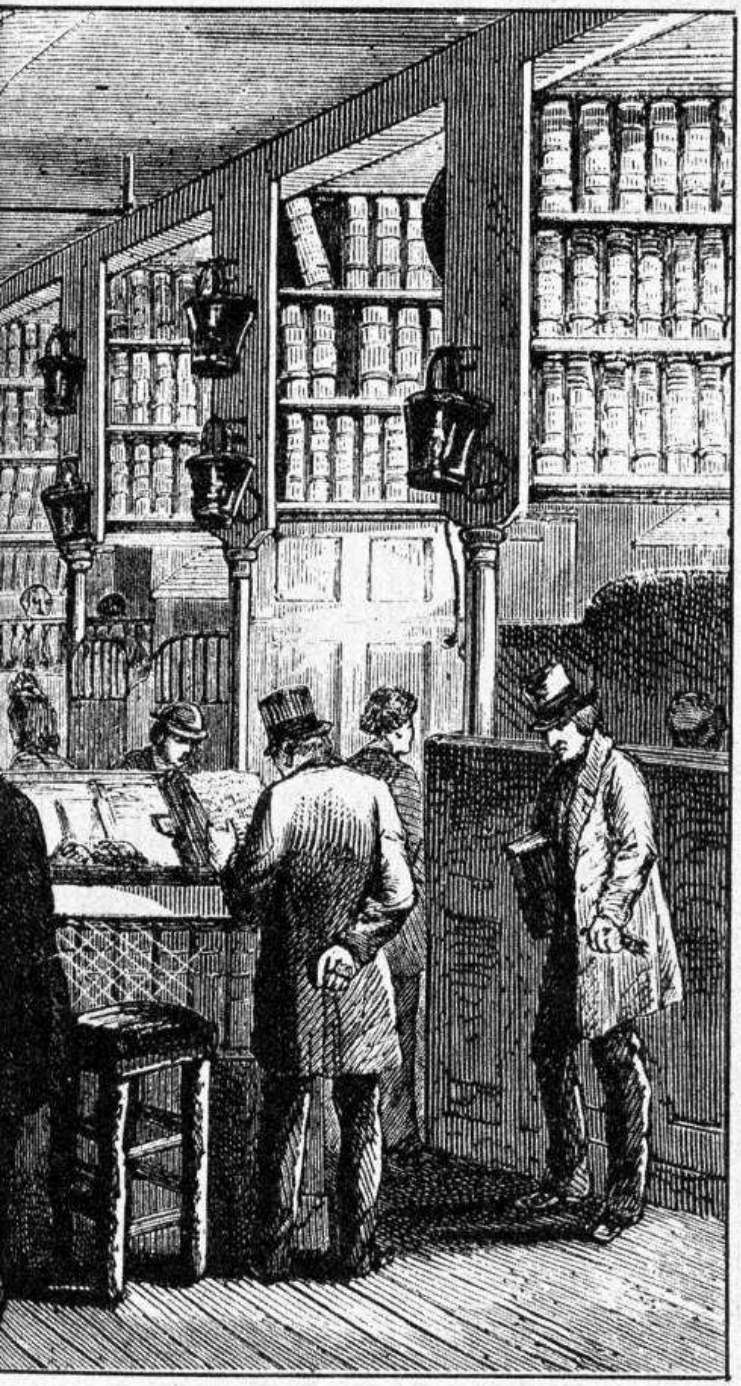
Tío Chill, enojado porque Michael —que así se llama nuestro hombre— se ha prometido a Christiana, le deshereda y le arroja de su casa. Michael teme perder a su amada al encontrarse sin medios para fundar un hogar. Pero ella le dice: «Mi querido Michael, yo te he dado mi corazón. He dicho que te amo y me he comprometido a ser tu esposa. Me siento tan tuya en medio de nuestra buena o mala fortuna como si ya nos hubiésemos casado... Michael, no prolonguemos esta situación. Puedo vivir feliz con los medios que posees. Lo digo desde el fondo de mi corazón. No luches solo por más tiempo. Luchemos juntos...»



El pariente pobre sigue tejiendo su fabulosa historia: «El castillo que desde entonces y para siempre habitamos juntos —dice—, arranca de aquella época. Todos nuestros hijos nacieron allí. El primero fue una niña, ya casada ahora, a la que pusimos por nombre Christiana.»

Michael se ha asociado en el negocio con su compañero John. Sabe que será siempre un socio leal, un buen consejero, un fraternal amigo. «Invité a John a mi casa y pasamos un día feliz. Nuestra sociedad prosperó. Mi socio y amigo se comportó como yo esperaba. Mejorando a ambos, al negocio y a mí, justificó ampliamente todos los beneficios que yo introduje en su vida...»

Pasan rápidamente los años. «Nuestra



Dickens, periodista y novelista, frecuentaba esta biblioteca. Muchos de sus libros se hicieron pronto famosos, como el «Christmas Carol» —la historia de Scrooge y sus fantasmas—, una de cuyas ilustraciones, debida a John Leech, se muestra arriba.

hija mayor, que es muy parecida a su madre, es ahora la esposa del hijo mayor de John. Ambas familias están estrechamente unidas por nuevos lazos de cariño. Por las tardes, cuando estamos todos reunidos, cosa que sucede con frecuencia, y cuando John y yo conversamos sobre tiempos pasados, resulta muy agradable comprobar cómo existió un interés común entre ambos... Realmente no sé lo que significa soledad en mi castillo. Varios de nuestros hijos y nietos están siempre allí, y las voces jóvenes de mis descendientes son encantadoras... Mi adorada esposa, siempre fiel, siempre amante, siempre servicial, animosa, serena, es la bendición de mi casa y manantial de todas las demás bendiciones...

Así es mi castillo y así son los detalles de mi vida, allí guardados, adonde suelo llevar a menudo a mi pequeño Frank. Es muy bien recibido por mis nietos y juntos planean toda clase de juegos. En esta época del año, Navidad y Año Nuevo, raras veces estoy fuera de mi casa. Porque los recuerdos de la fiesta parecen sujetarme allí, y los preceptos de la misma época me dicen que obro bien al no apartarme de mi hogar...»

Al llegar a este punto de su relato, Michael, el pariente pobre, se calla. ¿Un castillo? ¿Dónde está ese castillo?, pregunta uno del grupo.

El pariente pobre se estremece. ¿No será lícito soñar, por lo menos una vez al año, cuando la Navidad parece teñirlo todo de

color de rosa? Pero la pregunta le ha vuelto a la realidad. ¿Dónde está el castillo? Desaparece la luz de sus ojos. Se apaga la fantasía.

—Mi castillo... Mi castillo está en el aire —susurra tristemente el pobre hombre.

LA ULTIMA NAVIDAD DE DICKENS

En diciembre de 1869, Charles Dickens tiene 57 años. Muchas personas parecen todavía jóvenes a esa edad. Pero él ha vivido intensamente, ha desarrollado una actividad frenética, ha quemado todas sus energías, y antes de llegar a sexagenario ya es un viejo.

Ha tenido muchos hijos de Katherine Hogarth, pero tanto los hijos como la esposa le han abandonado. Separación amistosa, sin violencias, pero no por ello la soledad resulta menos real ni menos amarga. También la joven Ellen Ternan, a la que Dickens ha amado apasionadamente en su madurez, se ha ido alejando de él. Ya sólo le quedan sus lectores, cuyo contacto, incluso físico, busca con vehemente tenacidad. Organiza sesiones públicas para leer sus propias obras. Va perdiendo la voz, se debilita la fuerza de sus ademanes, pero su presencia despierta todavía entusiasmo y cariño. Y en Saint James Hall, cuando Dickens se presenta por última vez para dar cuerpo y voz a sus personajes de ficción, los aplausos, los parabienes, los apretones de manos, las miradas amables de docenas de desconocidos colman un vacío, encienden una pequeña luz en la tristeza del crepúsculo.

No sabemos en qué consistieron muchas de las lecturas de Dickens en estas sesiones de Saint James Hall. Séanos permitido imaginar que algún día próximo a la Navidad —la última de su vida, porque moriría en junio del año siguiente—, el escritor leyó uno de los más hermosos textos que había dedicado a la entrañable fiesta cristiana.

Le vemos, pues, en la tarima, tembloroso y encorvado, afecto de gota y de problemas bronquiales, pero con arrestos suficientes para leer todavía con voz segura, ante un auditorio expectante y silencioso, estas cálidas palabras, las de su última Navidad:

«Hubo épocas en las cuales, para la mayoría de nosotros, la Navidad rodeaba nuestro mundo limitado, sin dejarnos buscar nada nuevo ni tampoco echar nada de

menos. Nos agrupaba a todos y a cada uno alrededor del hogar y hacía que el pequeño cuadro brillara completo ante nuestros ojos. »Llegó la época en que nuestros pensamientos saltaron por encima de esos límites estrechos, cuando hubo alguien necesario para completar la plenitud de nuestra felicidad; cuando éramos deseados también en otro hogar, habitado por ese ser y cuando entrelazábamos en cada corona y guirnalda de nuestra vida ese mismo nombre...

»Era la época del beatífico goce de las cosas que habían de suceder y que nunca sucedieron... ¡Ah! ¿Ha llegado ya esa Navidad utópica, cuando nosotros y la perla ina-

preciable que era la elegida de nuestro corazón éramos recibidos, después de un matrimonio feliz, por las dos familias unidas...? ¿Existió realmente alguna vez esa cena de Navidad, después de la cual nos levantamos y generosa y elocuentemente rendimos honor a nuestro último rival, presente entre los invitados, y allí mismo nos juramos amistad e indulgencia y encontramos un afecto perdurable hasta la muerte...?

»¿Llegó la Navidad en la que luego de adquirir gran fama y de ser llevados en triunfo por haber hecho algo trascendental y noble, de nuevo en el hogar, éramos recibidos en medio de un torrente de lágrimas de alegría...? ¿Ha llegado nuestra vida a ser tan definida que haciendo una pausa en este gran aniversario, podamos mirar hacia atrás, hacia las cosas que nunca se realizaron, con tanta naturalidad y plenitud como hacia las cosas que fueron y ya se han ido o que fueron y existen todavía? Y si esto es cierto, y así parece ser, debemos llegar a la conclusión de que la vida apenas si es mejor que un sueño y valen poco los amores y los esfuerzos acumulados en ella...

A la izquierda, caricatura de Dickens en 1870, el año de su muerte. Bajo estas líneas, retrato de Ellen Ternan, que fue la compañera de sus últimos años y con la que nunca pudo casarse.

»Pero no. Apartemos de nosotros esa mala filosofía en el día de Navidad. Acerquemos a nuestro corazón el espíritu de esta festividad, que es espíritu de utilidad activa, de perseverancia, de alegre remoción de deberes, gracia e indulgencia. Es en estas últimas virtudes donde somos o debemos ser fortalecidos por las fantasías no cumplidas de nuestra juventud, porque ¿quién puede afirmar que ellas no son nuestras y vuestras en el trato dulce con las intangibles cadenas de la Tierra?

»Por eso, cuando llegamos a cierta edad, estamos aún más agradecidos, porque el círculo de nuestros recuerdos de Navidad se expande más aún y aporta nuevas lecciones. Demos la bienvenida a cada uno de ellos e invitémosle a ocupar su lugar cerca de la chimenea.

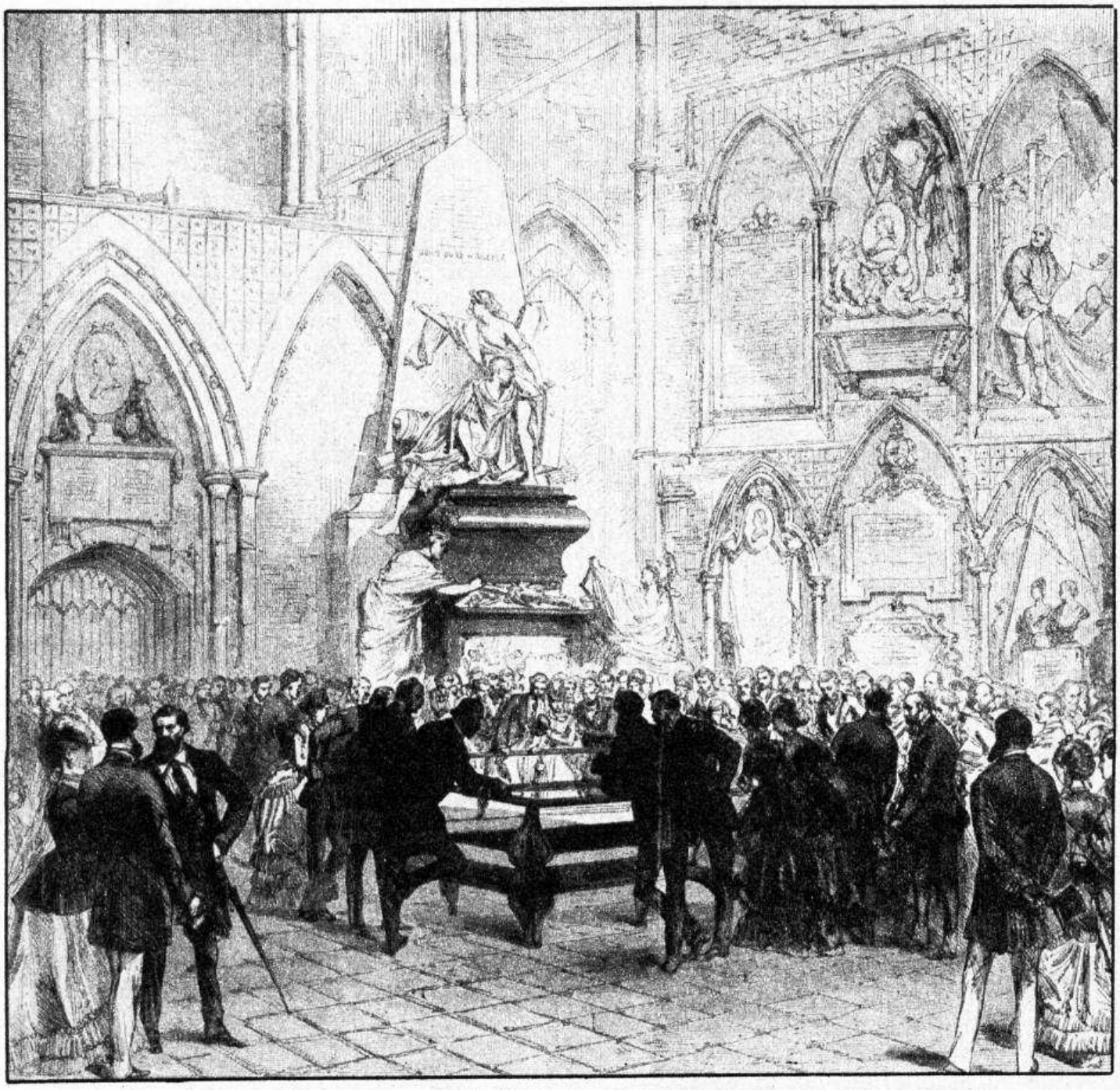
»¡Bienvenidas, viejas aspiraciones, criaturas relucientes de una ardiente fantasía...! ¡Bienvenidos viejos proyectos y viejos amores, aun los más efímeros...! ¡Bienvenido todo lo que fuera alguna vez cierto en nuestros corazones...!

»En el día de Navidad, nada hemos de dejar fuera de nuestro hogar... ¿Ni la sombra de la ciudad de la muerte? Ni aun eso. Desde todos los días del año volvemos nuestro rostro hacia esa ciudad en el día de Navidad, y desde sus silenciosas multitudes traemos hasta nosotros a aquellos a quienes amamos. Cementerio de nombres benditos, donde estamos reunidos ahora...

»Hay una muchacha muy querida, casi una mujer, pero que nunca llegaría a serlo, la cual convirtió en día de duelo la Navidad de un hogar alegre y se fue por un camino sin rastros hasta la ciudad silenciosa. La recordamos cansada, susurrando débilmente algo que no alcanza a ser oído, y hundiéndose en el último sueño. Miremos su rostro ahora. Contemplemos su belleza, su serenidad, su juventud inmutable, su felicidad...

»Tuvimos un amigo, que lo fue desde nuestra edad temprana, con quien a menudo describimos los cambios que sobrevendrían en nuestras vidas y alegremente imaginamos cómo hablaríamos, caminaríamos, pensaríamos y conversaríamos cuando llegáramos a viejos. La habitación que le habían destinado en la ciudad de la muerte, le recibió en la flor de la vida. ¿Debemos cerrarle la puerta de nuestro recuerdo de Navidad? ¿Su amor nos hubiera excluido...?

»Amigo perdido, hijo perdido, padres, hermana, hermano, esposo, esposa, no



Sepultura de Dickens en el Rincón de los Poetas, abadía de Westminster.

debemos descartaros. Vosotros tendréis vuestro lugar abrigado en nuestros corazones y en nuestro hogar. En la estación de inmortal esperanza y en el aniversario de la inmortal misericordia, nada dejaremos fuera.

»El sol invernal se pone sobre pueblos y ciudades; deja una estela rosa sobre el mar, como si la sagrada huella estuviera fresca sobre el agua. Pocos momentos más y se ocultará por completo. La noche se aproxima y las luces comienzan a brillar en perspectiva. Sobre la ladera del cerro, más allá de la ciudad informe y difusa, y en la silenciosa custodia de los árboles que rodean al campanario del pueblo, los recuerdos están grabados en piedra, engendrados en flores sencillas que crecen entre el césped...

»En la ciudad y en la villa hay ventanas y puertas cerradas por el frío, haces de leña en la chimenea, caras alegres, saludable música de voces. Que todo lo indigno e hiriente sea arrojado de la casa, pero estos recuerdos sean admitidos con tierna tolerancia. Pertenecen al tiempo y a toda su consoladora y pacífica certeza; a la historia, que concibió otra vez sobre la Tierra a los vivos y a lo muertos; y a la liberal benevolencia y bondad que muchos hombres han tratado de desgarrar en múltiples pedazos.»

Esto decía Dickens en diciembre de 1869.